

LA LUNA, DE TODOS

Sobre los primeros pasos del hombre por la Luna se han emitido dos tandas de opiniones contradictorias. Una de ellas representa en entusiasmo sin reservas; la otra, un escepticismo sobre su carácter práctico. La primera está sostenida por un hecho indiscutible, como es el de haber roto un barrote más de los muchos que encarcelan al hombre a la naturaleza, la conquista de unos elementos de velocidad, capacidad para franquear distancias y de atravesar el vacío que no le estaban dadas por su condición física. Cada vez que se da uno de estos grandes saltos se difunde un sentido de omnipotencia y de seguridad en la especie y una confianza en el futuro. El segundo tipo de opinión rechaza las abstracciones como «el hombre» o «la humanidad», «la especie», «el futuro», «el progreso». No es menos humanista, sino al contrario. Se refiere al hombre como un ser concreto que vive como puede, trata de comer y está envuelto en una serie de conflictos de los que no sabe cómo desembarazarse. Duda de que la llegada a la Luna pueda modificar de una manera notable la condición humana. Y sospecha que bajo toda la capa de conquista de la humanidad lo que existe realmente es el predominio de un país que ha realizado la gran hazaña y, dentro de ese país, de un grupo o de una clase. La enorme cantidad de nacionalismo que los Estados Unidos han puesto en la operación de relaciones públicas del viaje a la Luna —tan meditada, tan minuciosa, tan costosa, que a veces ha dado la impresión, indudablemente falsa, de que el viaje estaba al servicio de la propaganda, y no a la inversa—, el viaje inmediato de Nixon por el mundo y su primera penetración en el comunismo por su costado más débil, el rumano, pueden sostener esa visión política del gran logro tecnológico. La especie o la humanidad son una abstracción; los Estados Unidos, una realidad concreta. Pensando solamente en el momento en que estamos viviendo, el salto a la Luna supone un importantísimo triunfo para los Estados Unidos y solamente una incógnita para la mejora de la condición humana. Para quienes creen que el desarrollo de los Estados Unidos —o de una sola gran potencia dominante— y el bienestar colectivo de la humanidad son fuerzas contradictorias, las consecuencias que se pueden obtener son extremas. Cuando se inventó el estribo, el gran adelanto técnico sirvió para que un grupo conquistara y dominase una gran parte del mundo conocido siglos antes de que se extendiera como un adelanto colectivo en los medios de transporte. La rueda, cuyo invento es tan antiguo que no se tiene memoria de él, es aún desconocida para muchos pueblos de la Tierra.

La difusión de los avances técnicos es enormemente lenta, su distribución —la distribución de sus beneficios— es minoritaria y está artificialmente refrenada. Lo que se llama «technological gap», el vacío tecnológico que separa unos países de otros, unos grupos de otros, es un hecho creciente. Se le suele atribuir una especie de motor natural, destinal, ineluctable, como es el de la aceleración y la acumulación científica, y los países que ostentan esta gran ventaja lamentan oficial y literariamente que los otros no puedan seguirles en el mismo camino. La realidad es muy otra: la existencia de poderosos mecanismos de seguridad para conservar los secretos científicos, la lucha contra el espionaje industrial y la forma rudimentaria en que se presta la ayuda técnica son factores que nos muestran cómo el conservadurismo tecnológico tiende a no dejar salir de grupos cerrados y minoritarios este tipo de poder que acumula, y que en este sentido es comparable a la concentración del dinero, de la riqueza. Sabemos que en los mismos países superdesarrollados ciertas verdades científicas demostradas, ciertos inventos de aplicación práctica inmediata, no se aplican, no se difunden, no se explotan porque podrían producir una perturbación moral en la organización de

los grupos de poder o porque desbaratarían la fina, delicada organización de los mercados y del consumo. La idea un poco arbitraria, un poco supersticiosa, que se expresa siempre con frecuencia, y estos días con mucha mayor, de que el hombre pueda llegar a ser dominado por la máquina podría tener un enunciado más realista si se expresase de esta otra forma: el hombre está siendo dominado por la máquina que está monopolizada por un grupo de hombres.

La idea de que los americanos nos vayan a regalar la Luna es una idea descabellada. No sólo el viaje al satélite, sino la infinidad de procesos técnicos y científicos que, derivados de este viaje, pueden verse en la vida diaria, van a constituir un monopolio americano y su difusión hacia la humanidad se hará según la conveniencia política y de mercados que corresponda a sus intereses. Tienen un predominio importante, que quizá sea momentáneo —porque la carrera espacial sigue abierta—, pero que ellos tenderán a hacer permanente. Y lo administrarán. Dada la situación del mundo actual, sus irregularidades, sus amenazas y sus disputas, es muy difícil negar que esta posición de los Estados Unidos sea lógica, como es también muy difícil negar la lógica de quienes, situados en el otro extremo de la Humanidad, en el extremo de los que no tienen, traten de arrebatarlo.

Ciertamente, el mundo es incoherente. Entre los cadáveres desnudos de los niños de Biafra o del Vietnam y los pasos de los astronautas por la Luna no hay una simultaneidad temporal que obedezca a ninguna lógica visible. Esa simultaneidad real oculta milenios de separación. Hay, en cambio, una relación de causa a efecto que nadie parece muy decidido a establecer. Es el lento y penoso camino de las materias primas que brotan en los países del hambre y terminan en el espacio convertidas en finísimos y perfectos mecanismos electrónicos que se disparan al espacio. Por esta línea, por este atajo que anuda directamente los sacrificios directos de los pueblos de África, Asia o Hispanoamérica a la cabina del «Apolo XI», se puede llegar fácilmente a unos términos demagógicos; pero es muy real que si sigue una investigación científica ordenada a partir de la cápsula espacial o del «módulo lunar», por un camino inverso, llegaríamos inevitablemente a los pozos de petróleo de Biafra o de Oriente Medio, a las minas de cobre de Hispanoamérica, a los árboles de caucho de Asia. Y los encontraríamos rodeados de cadáveres. Sería como una broma siniestra decir que, en efecto, la gran aventura espacial es un fruto del trabajo conjunto de la humanidad, puesto que en ella han colaborado también los semiesclavos de las minas de Kátanga o de África del Sur. Sin embargo, es esa clase de demagogia, la demagogia inversa, la que se está practicando irresponsablemente estos días, cuando se habla de «triunfo de la humanidad» y todo ello se adjetiva, se exalta, se rodea de términos épicos, sin matizar su verdadera condición, y son estos excesos de lenguaje y esta falta de matices voluntaria la que nos obliga a ver al mundo como incoherente cuando en realidad tiene una coherencia trágica.

Existe una corriente muy importante y muy poderosa en el mundo, y existe dentro de los Estados Unidos también, que tiende a dar coherencia y unificar el mundo mediante una redistribución real de la tecnología y de las otras fuentes de riqueza, de forma que el proceso de la humanidad no se haga en forma de jabalina —una punta clavada en el futuro, la otra yacente en la prehistoria—, sino de una manera conjunta y armónica, en la que ciertamente nadie nos regale la Luna, pero revierta hacia todos los hombres los beneficios reales de su alcance. Es, por una parte, una tendencia de moral general y de moral política, reflexiva; por otra, procede de la existencia de una presión creciente de las víctimas de la situación. En realidad, esas dos tendencias han estado siempre presentes en la historia del desarrollo histórico y han tenido nombres muy diversos. Parece que hoy tienen mayor fuerza que nunca.